

Bajo las balas: el intérprete en la guerra

Ser traductor en una guerra es uno de los trabajos civiles más peligrosos del mundo. Hoy el escenario sigue siendo Irak donde traducir del árabe para las fuerzas militares estadounidenses es el camino para convertirse en blanco fácil. Decenas de traductores han sido asesinados, la mayoría son iraquíes pero también ha habido al menos una docena de norteamericanos que integran las listas de muertos.

Los traductores de árabe deben viajar junto con las tropas cada vez que ellas los necesitan, sea para un patrullaje de rutina como para una operación violenta en la que deben interpretar los interrogatorios. Pero su temor no termina nunca, la población en general no aprueba su trabajo y ellos viven amenazados. "Si los insurgentes nos atrapan, nos decapitan, porque los imanes dicen que somos espías", explicó a la prensa Mustafá Fahmi, de 24 años e intérprete para Titan Corp., el mayor empleador de traductores e intérpretes en Irak. Y las amenazas suelen cumplirse. Muchos de ellos aparecieron decapitados.

Titán es una empresa con base en California encargada de conseguir expertos en árabe y kurdo que ha contratado a más de cuatro mil intérpretes. El contrato que esta empresa mantiene con el gobierno de Estados Unidos es de 657 millones de dólares.

Los traductores son el lazo entre las tropas y la población y por eso suelen ser asesinados por los insurgentes. Pasó mucho tiempo antes que fueran provistos de cascos, chalecos blindados y protección para ojos y orejas.

Las lenguas cambian para sobrevivir

por Lucien Abeille (1860-1949)

Toda lengua –dice Darmesteter– está en una perpetua evolución. En cualquier momento de su existencia, se encuentra en un estado de equilibrio más o menos duradero, entre dos fuerzas opuestas que tienden: una, la fuerza conservadora, a mantenerla en su estado actual; otra, la fuerza revolucionaria, a imprimirle nuevos rumbos.

Entre las causas conservadoras, el respeto de la tradición actúa en primera fila.

Las fuerzas revolucionarias son: el neologismo en el léxico, los cambios analógicos en la gramática, las alteraciones fonéticas en la pronunciación.

Puede suceder que sola, una de ambas fuerzas obre y anule a la otra. La fuerza revolucionaria neológica se halla en peligro cuando queda paralizada: un pueblo cuya civilización e historia no cambia, puede conservar indefinidamente su lengua intacta. Si el pensamiento no experimenta cambio alguno, tampoco cambia la expresión del pensamiento.

Pero si un falso respeto de la tradición prohíbe al lenguaje que siga la evolución de las ideas, de manera que haya contradicción entre el pensamiento de la nación y su expresión, la lengua puede perecer. La prueba la tenemos en el latín clásico que se negó a seguir el latín popular en su libre desarrollo, se cristalizó en el respeto de una forma consagrada, y hacia el fin del imperio pereció de inanición. Su sitio prominente lo dejó al idioma popular cuya fuerza y vida engendró una numerosa familia de lenguas que conquistó el imperio que él había abandonado.

Cuando la fuerza revolucionaria obra sola, la lengua, precipitada en la vía de los cambios, se transforma con una indecible rapidez. A veces, en el espacio de varias generaciones, alcanza un estado tan diferente del estado anterior que forma una lengua nueva.

Ahora bien, el español transplantado en el Río de la Plata estuvo en contacto con las lenguas indígenas. Pero dos pueblos, al mezclarse, se comunican siempre conocimientos e ideas que les obligan a modificar el sentido de una multitud de palabras, a hacer un intercambio de vocablos, a aumentar su vocabulario para satisfacer las exigencias de su pensamiento.

Por lo tanto, la lengua española se hallaba en estas comarcas, por una parte, solicitada por la fuerza revolucionaria que la incitaba a adoptar vocablos de los idiomas hablados por las razas autóctonas; por otra parte el respeto de la tradición, el cuidado con el cual se rodeaba el uso del idioma oficial, el recelo de la Academia española que negaba el derecho de ciudadanía a los vocablos americanos, neutralizaban la fuerza revolucionaria.

Pero al conquistar y proclamar su independencia, la República Argentina entraba en una nueva era de civilización, abría la primera hoja de su historia con una página de heroísmo, y la Revolución de Mayo que tan gloriosamente llevaba a cabo rompía al mismo tiempo la tradición política y la tradición lingüística. He ahí por qué, desde aquella época memorable, las fuerzas revolucionarias son en el idioma nacional de los argentinos, superiores a las fuerzas conservadoras.

De: *Idioma nacional de los argentinos*, de Lucien Abeille 1900, capítulo IV.

Publicado en 2005 por Editorial Colihue y la Biblioteca Nacional en la colección "Los raros".